

Historia de amor a la lectura



Por: *Alexandra Grijalva*
(*agrijalva@tomasmoro.k12.ec*)

Así como los cinéfilos pueden pasar horas de horas mirando muchas películas, ya sea de ciencia ficción, comedia o drama, los otakus en Japón no se despegan de sus videojuegos, y los bibliófilos somos los apasionados de la palabra y las letras. Hoy por hoy soy la guía y animadora de aquellos jóvenes en búsqueda del saber.

Ahora sé que en realidad leemos todo, y que más allá del novedoso e-book no sé qué hubiese sido de la humanidad sin nuestros amigos los libros. No hubiésemos podido ni siquiera conocer a nuestros antecesores y lo que ellos experimentaron; no quiero ni imaginar la vida sin esos recursos magníficos que en la actualidad, en formato digital, nos permiten

aprovechar en cualquier momento y lugar el alimento para nuestro pensar y sentir.

Las noches silenciosas se hacían cortas y nada solitarias en compañía del olor fragante del papel impreso de poesías, novelas y ciencia. Esos momentos tan valiosos

Cómo olvidar cuando mi maestra de primaria, cada mañana, promovía el reto de quién leía sin equivocarse y con agilidad; pero, lo más interesante para mí, fue cuando logré comprender el poder de las palabras en su contexto.

en los que, con el libro abierto, empecé a abrir mi mente precisamente a otras realidades y perspectivas, transformando mi cosmovisión por completo.

Gracias a la lectura, en la casa de la sabiduría o Universidad Central del Ecuador pude conocer el pensamiento filosófico y literario de grandes personajes como Martin Heidegger, Humberto Eco, Gabriel García Márquez, Isabel Allende, entre otros. Además, como migrante a la “Carita de Dios”, solo la lectura me permitió alcanzar el nivel de conocimiento necesario para aprender a comunicar con profesionalismo. Ratificando que, cuando uno ama lo que hace no se cansa ni se detiene por nada ni nadie, podía permanecer incontables segundos en toda bi-

biblioteca que hallaba a mi paso hasta llegar a la meta.

En mi adolescencia, la lectura era mi espacio de autonomía que me permitió viajar a los lugares más recónditos del planeta. Pude conocer desde la maravillosa Tierra de Fuego en la Patagonia hasta la fría y nórdica Alaska. Me transporté de manera gratuita al fascinante Bósforo de Estambul y al virar la hoja ya estaba en Sídney, capital de Australia.

Cómo olvidar cuando mi maestra de primaria, cada mañana, promovía el reto de quién leía sin equivocarse y con agilidad; pero, lo más interesante para mí, fue cuando logré comprender el poder de las

En el proceso inicial de la lectoescritura, cada rótulo en la calle que desfilaba ante mí era un descubrimiento y una oportunidad para conocer algo nuevo.

palabras en su contexto, no solo verbalizar los vocablos y escribirlos sin errores ortográficos, o limitarme únicamente a repetir el significado y raíces del abecedario en sus amplias y variadas combinaciones, sino a obtener de esa manera un mega y diverso acervo lingüístico e ideológico. En este mismo instante recuerdo que apenas era una niña cuando las letras mágicas empezaron a bailar juntas ante

mis ojos. Cada viaje en auto era una fascinante aventura.

En el proceso inicial de la lectoescritura, cada rótulo en la calle que desfilaba ante mí era un descubrimiento y una oportunidad para conocer algo nuevo; no había una sola palabra que pudiera escapar a mi afán de leer absolutamente todo.

Por doquiera que iba, jugaba a capturar con rapidez cada frase, la escribía en mi pensamiento y la guardaba en el baúl de mi memoria. Conforme avancé en mi aprendizaje, iba perfeccionando las técnicas de aquel hábito tan placentero, que desde ese entonces y hasta el momento de cerrar mis ojos jamás abandonaré: leer.



Esos momentos tan valiosos en los que, con el libro abierto, empecé a abrir mi mente precisamente a otras realidades y perspectivas, transformando mi cosmovisión por completo.